

ELADIO, JOVEN MAESTRO

F



Félix Cabañero Jareño era el secretario general de la Casa del Pueblo de Tomelloso. Félix Grande Ortega era el secretario de la Casa del Pueblo de Tomelloso, por el gremio de vinateros. Ambos perdieron la guerra, uno de un solo trago, otro hasta la llegada de la democracia. En 1939 mi padre pasó, primero en Mérida, después en Tomelloso, aquella afrenta que llamaban "depuración" y cumplido ese odioso trámite consiguió trabajo y tuvo nuevos hijos, vivió con dignidad y murió de viejo y de pie. En 1939 a Félix Cabañero Jareño lo condenaron a muerte; ante el pelotón de fusilamiento, se desgarró la camisa con las dos manos, gritó ¡Viva la República! y recibió en el pecho las balas, mirando -así me lo contaron- con desdén a sus asesinos. Pasaron quince años. En una tarde de verano, el dueño de una tiendecita de la calle de La Feria ("Papelería-Librería": esto es, allí se podía comprar una goma de borrar y alquilar una novela por cincuenta céntimos), con satisfacción despaciosamente campesina presentó a dos poetas: "Te presento al poeta Félix Grande", dijo el señor Carrasco, ceremonioso y suavemente cazarro. "Aquí te presento al poeta Eladio Cabañero", agregó, presentándome a un muchacho reseco y fuerte que llevaba el yeseo lacrado en las palmas de las manos. El lechero y el albañil se saludaron con cierta desconfianza y empezaron a hablar de poesía. Al cuarto de hora ya eran amigos. A la semana se habían convertido en hermanos (treinta y seis años más tarde, hace unos minutos, he llamado por teléfono a Eladio Cabañero para preguntarle el segundo apellido de su padre). Eladio era sólo seis años mayor que yo, pero, como quiera que tras el asesinato de su padre tuvo que hacerse adulto a los nueve años, cuando, después, lo conocí, su rigor, su disciplina y su autoexigencia eran infinitamente mayores que mi voracidad. Durante un tiempo fue mi profesor, no sólo literario, sino también vital. No consiguió transmitirme ni su serenidad ni su estoicismo (yo no tengo serenidad, sino algún que otro reposo en la vehemencia, y nunca he conseguido ser estoico, sino rencorosamente resignado), pero logró enseñarme un poco de paciencia: sabía mucho más que yo de la vida y la muerte: yo había carecido de mi padre durante los dos primeros años de mi vida a causa de la guerra civil y, a causa de la guerra civil, Eladio Cabañero sólo unos años de la infancia disfrutó de su padre y luego tuvo que sustituirlo durante el resto de su vida con un lento coraje prematuro, obstinado, un carácter severo que encubrió siempre a su ternura clandestina y que le mitigaba la vergüenza de ser tan desvalidamente bondadoso, y una capacidad de decisión a la vez inmediata y perseverante: Eladio Cabañero López había incorporado a su ser la ausencia de Eladio Cabañero Jareño, y aquella ausencia formaba parte de la presencia, muy afectiva, pero contundente,